

Nobleza y política. El marqués de Cerralbo

Agustín Fernández Escudero

Universidad Complutense de Madrid

Los cambios que se producían en España en los inicios del siglo XIX iban apartando, aunque no de forma definitiva, a la nobleza de los puestos más relevantes que durante tanto tiempo habían estado ostentando dentro de los distintos gobiernos.

No obstante, había una parte de la sociedad española más partidaria de continuar fiel a sus anteriores principios y de proseguir con el Antiguo Régimen cuando su monarca les gobernara de forma absolutista, que dejarse gobernar por la reina Isabel II, que además de haber usurpado el trono a *su Rey*, era manipulada por unos liberales que traerían la ruina a España. Los componentes de esta parte disidente, tradicionalistas en sus principios, eran los que desde la primera parte de la centuria habían adquirido el nombre de carlistas porque además de ser opuestos a “la reina usurpadora”, eran desde sus raíces familiares los seguidores, según ellos, del pretendiente legal al trono español.

Hacer un análisis de la composición social de estos carlistas llevaría mucho más espacio y tiempo que el que se tiene en este reducido trabajo, además de que el mismo ya se ha hecho en múltiples ocasiones. Sin embargo, lo que sí se puede asegurar es que muchos de los aristócratas que inicialmente habían estado al lado del rey Fernando VII, tras promulgarse la Pragmática Sanción en 1830, pasaron a ser fieles incondicionales del hermano del rey, don Carlos, Carlos V para los carlistas. Y con el paso del tiempo, muchos de los herederos de estos nobles fueron a engrosar las filas de los seguidores de un nuevo don Carlos, Carlos VII, nieto del citado Carlos V.

Dentro del grupo de la aristocracia partidaria de este último pretendiente carlista estaba don Enrique de Aguilera y Gamboa, el XVII marqués de Cerralbo, que posiblemente fuera el más famoso de los nobles que se decantaron por Carlos VII. Si bien se puede señalar que al marqués de Cerralbo la tendencia tradicionalista le venía de cuna: su abuelo, don José de Aguilera y Contreras, XVI marqués de Cerralbo (del que heredó grandezas de España, así como varios títulos y entre estos el del marquesado de

Cerralbo) fue gentil-hombre de cámara con ejercicio y servidumbre de S.M. la reina Isabel II.

Y si se ha mencionado que el marqués de Cerralbo pudo haber sido el noble carlista más famoso de su tiempo es porque no solamente tuvo su relevancia en el mundo de la política, sino que también lo fue por su vida social, por sus publicaciones en prensa y libros, así como por la hípica, y principalmente por la arqueología.

En relación con la política, su notabilidad comenzó antes de llegar a ser delegado de los pretendientes carlistas (lo fue en dos ocasiones y en un total de dieciséis años), gracias a que siempre enarboló la bandera de sus credos que defendían la religión católica, la nación española y su monarca, primero Carlos VII y después Jaime III (Dios, Patria, Rey); y que intentó con todas sus fuerzas organizar el partido tradicionalista para conseguir que sus correligionarios abandonaran el retraimiento y pasaran desde la lucha armada a la lucha electoral dentro de la legalidad. En definitiva, que cambiaran las armas por las urnas.

Se puede adelantar que el marqués de Cerralbo no siempre pensó así, ya que en repetidas ocasiones hizo declaraciones a la prensa en las que pronunciaba frases lapidarias, por ejemplo, hablaba de que los carlistas tan solo esperaban las órdenes de *su Rey* para “echarse al campo”. Estas manifestaciones servían para sembrar la alarma social en ciertos puntos de la Península, a la vez que mostraba la dicotomía en la que estaba sumido el carlismo en general y el noble madrileño en particular, especialmente en la última década del siglo XIX.

Para hacer referencia a su deslumbrante vida social en Madrid, solo hay que dar un pequeño repaso a los periódicos de su tiempo, en donde se pueden leer con todo lujo de detalles cómo eran sus multitudinarias fiestas en su famoso palacio, a las que acudían, además de la aristocracia del momento, el cuerpo diplomático, así como militares y los más altos mandatarios del Gobierno. Asimismo, gracias a su afición a viajar por toda Europa, de donde solía regresar con nuevos libros así como piezas de arte, logró ir aumentando sus colecciones y su amplia biblioteca, que fueron completando todas las estancias de su residencia de Ventura Rodríguez. Finalmente, tras la muerte del marqués de Cerralbo y según dejó estipulado en su testamento, tanto el palacio como su

contenido fueron donados a la nación española y constituyen actualmente en Madrid el famoso Museo Cerralbo.

Además de estas facetas, política, social y viajera, también se debe añadir que este noble publicó varios libros sobre sus excavaciones, así como de poesía o literatura. La prensa tradicionalista incluía con cierta frecuencia artículos firmados por el marqués de Cerralbo. Además, y como una forma de mostrar su erudición, a principios del siglo XX el marqués de Cerralbo logró premios y distinciones nacionales en el mundo de la hípica, gracias a su yeguada soriana, de la que tan orgulloso se sentía.

Por último, y especialmente, su mayor fama y los laureles le llegaron al noble madrileño, una vez que abandonó por primera vez su jefatura carlista, también en los inicios del siglo XX, gracias a su afición a la arqueología y a las excavaciones. Estos trabajos le supusieron reconocimiento nacional e internacional, con múltiples nombramientos de honor desde varias instituciones europeas, como del Instituto de Francia, de la Sociedad de Anticuarios de Londres; del Instituto Imperial de Berlín; de la Academia Pontificia Romana dei Nuovi Lincei; de la Academia de Bellas Letras y Artes de Burdeos; del Instituto de Paleontología Humana de París; de la Sociedad de Prehistoria de Francia; o de la Academia de Antropología de Nuremberg. Dentro de los nombramientos que recibió en España se podrían destacar, entre otros, sus entorchados en la Real Academia de la Historia (1898) en la Real Academia Española (1913) y en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (1917).

Pero como de los logros conseguidos gracias a esta afición, hay autores que ya han escrito ampliamente, la idea de este trabajo ha sido la de hacer una biografía de este ilustre personaje pero centrado, dentro de lo posible, en su vida política, aunque ha sido prácticamente imposible obviar en muchos casos el resto de sus experiencias.

Hasta aquí los méritos adquiridos por este noble para considerarlo conocido, y si como se ha dicho de la parte de sus logros en arqueología es mucho lo editado, por el contrario, no se ha escrito tanto de la vida política del marqués de Cerralbo. De hecho, hay autores que han dejado constancia de la necesidad de confeccionar una biografía política de este noble, ya que si se comentan algunas particularidades de sus mandatos en el carlismo, éstas se dan en trabajos generales, no referidos de manera especial a este marqués.

Si siempre es tarea ambiciosa intentar hacer una biografía que sea lo más cercana posible al personaje biografiado, en este caso ha sido todavía más difícil porque se ha querido ajustar la misma solamente en la faceta política del protagonista del trabajo. Por tanto, se puede asegurar que ha resultado más problemático hacer el mismo por el hecho de que además de la necesidad de la contextualización obligada en toda biografía, en esta ocasión no se ha podido dejar de introducir retazos de la intensa vida social, e incluso económica, del personaje. Un personaje que puso todo su empeño en presentar como contemporánea de su tiempo a una ideología que para muchos era arcaica, pero que él logró modernizar por medio de sus planteamientos teóricos, a los que añadía sus prácticas modernas con movilizaciones de masas, con viajes de propaganda y con fiestas políticas y populares.

A la hora de confeccionar esta biografía sí se han encontrado suficientes libros y artículos relacionados con la historia del carlismo. Muchas veces esta historia está escrita por autores tradicionalistas que muestran su partidismo, aunque en general han ayudado en el momento de contextualizar la narración. Por el contrario, al tratar de lograr datos exclusivos al marqués de Cerralbo, así como de todas las innovaciones que quería implantar en el carlismo, han surgido más problemas. De hecho, ha sido necesario recurrir en muchos casos, más de los deseados, como fuente histórica a la prensa publicada en cada momento para ampliar detalles de las experiencias de este noble.

Hay que detallar que una parte de la documentación a investigar y que desde un inicio había sido considerada imprescindible para iniciar el trabajo, eran las cartas y telegramas que el marqués de Cerralbo pudo escribir a don Carlos y a su secretario el conde de Melgar¹. Sin embargo, todos estos documentos no se han podido consultar porque, según dice el secretario real, fueron destruidos en un incendio provocado por doña María Berta de Rohan, la segunda esposa de don Carlos, porque a ella le molestaba la gran cantidad de papeles que había en los desvanes del palacio veneciano

¹ Francisco M. Melgar, el conde de Melgar, fue secretario particular de don Carlos desde 1880 hasta el mes de noviembre de 1900. Se sabe de la existencia de las cartas del marqués de Cerralbo por las contestaciones que recibía y que se conservan en Archivo del Museo Cerralbo.

NOTA. Por necesidades de espacio, las notas a pie de página que se incluyen en esta presentación, además de estar sin detalles, son las que se han considerado más imprescindibles. En el trabajo principal existen muchísimas notas más, que de forma correcta, justifican y amplían muchos datos.

del Loredán. Se debe puntualizar que esta quema se produjo en noviembre de 1900, justo cuando en España el carlismo estaba sufriendo una fuerte represión por la última sublevación frustrada. Fue precisamente en este mes cuando el conde de Melgar fue destituido de su cargo de secretario en el que llevaba más de veinte años ejerciendo. No obstante, no se ha podido establecer ninguna conexión entre estos tres sucesos.

De todas formas, si algún documento pudo quedar sin dañar en este incendio, la princesa de Rohan, una vez fallecido don Carlos en 1909, se encargó de vender todo el contenido del palacio del Loredán a distintos anticuarios, por lo que esta última acción aumenta la imposibilidad del seguimiento de los legajos que hubieran quedado sin consumir por las llamas.

A pesar de esta falta de documentación, las fuentes más utilizadas han sido las primarias. Dentro de éstas, se ha recurrido en algunos casos a la bibliografía contemporánea con el marqués, pero especialmente ha sido a través de archivos visitados en donde más información se ha conseguido.

Entre estos archivos a los que se ha acudido para hacer la investigación necesaria para esta biografía, entre otros se pueden citar: el de la Real Academia de la Historia, el del Ministerio del Interior, el del conde de Melgar, el del Congreso de los Diputados, el del Palacio Real, el Diocesano del Arzobispado de Toledo, el General del Ministerio de Justicia, el Archivo General de la Administración, el Histórico Nacional de Madrid y su Sección Nobleza de Toledo. En la mayoría de estos archivos se ha podido acceder a los datos necesarios, con mayores o menores problemas, gracias a la inestimable ayuda de los documentalistas o archiveros de cada institución. En el último citado, el de la ciudad imperial, y a pesar de esta cooperación, solamente se logró consultar una pequeña parte de los documentos allí existentes relacionados con el noble madrileño (el resto estaba en muy mal estado para poderlos ver), aunque hay que asegurar que ésta ha sido la última vez que se han podido examinar estos papeles, dado que al tocarlos se deshacían entre los dedos, lo que imposibilitó, en muchos casos, poder abrir algunos legajos y ver que contenían.

Pero definitivamente, en donde más datos se han logrado, en donde más se ha conseguido acercarse en todos los sentidos al personaje protagonista, ha sido en el archivo que lleva su nombre, es decir en el Archivo del Museo Cerralbo. En él, y

también gracias a la colaboración del personal de la institución, durante largos meses se ha conseguido localizar documentos, que en su mayoría estaban inéditos y que daban fe de muchos de los pasajes de la vida de este erudito marqués.

Se debe señalar que en relación con la correspondencia escrutada, en especial la del conde de Melgar, hay que tener cierta reserva, ya que se ha visto que este lo mismo que le escribía al marqués de Cerralbo alabándolo con muestras de un gran cariño, por otro lado se ponía en contacto con otros dirigentes carlistas para menospreciar, e incluso insultar al noble madrileño. En definitiva, la correspondencia debe ser analizada cautelosamente porque es posible, tal y como lo demuestran estas cartas del secretario de don Carlos, que no todo lo escrito era cierto, de igual manera que tampoco se puede saber qué pensaban al escribir las cartas sus autores. Claro que tampoco se tiene seguridad de cómo aceptaban los receptores de estos escritos lo que les decían.

Resumen de la biografía política del marqués de Cerralbo

Después de esta especie de introducción, solo queda presentar una resumida biografía de un noble como el marqués de Cerralbo que creía en los ideales tradicionalistas, como él mismo alardeaba, “desde su nacimiento”. Además habría que considerar las recomendaciones que *su Rey* le iba transmitiendo para aumentarlos, aunque finalmente en la política no obtuvo el éxito deseado a pesar de su total entrega en las dos oportunidades que estuvo al frente del carlismo.

Un dato más a tener en cuenta es que se mostrará, de la mejor manera posible, cómo fue evolucionando la personalidad de este noble de cuna y cómo dentro del mundo de la política, desde la cumbre de su delegación como pretendiente carlista, se fue ganando amigos y también enemigos. También cómo su mala salud le impidió seguir en sus tareas y le obligó, en teoría, a presentar su dimisión en las dos ocasiones que ostentaba la delegación de *su Rey*.

Acerca de sus enfermedades y dolencias, el noble protagonista no dudaba en comunicárselas a todos sus amigos. De igual manera, la prensa de la época se hacía eco casi a diario de las mismas. En otros momentos confirmaba que los médicos le

aseguraban que debía dejar el trabajo que lo agotaba y dedicarse a descansar en su finca de Santa María de Huerta (Soria). En definitiva, un marqués de Cerralbo que si bien era rico en su economía, no lo era en su salud, de la que constantemente se quejaba de lo deteriorada que estaba.

1.- El marqués de Cerralbo se incorpora al partido carlista.

Don Enrique de Aguilera y Gamboa (Madrid, 1845-1922), en 1869 y con veinticinco años de edad, pasó a ser parte integrante de la familia carlista de forma oficial, aunque su preferencia por el carlismo se podría remontar hasta su infancia por la influencia de su madre y sus tíos, carlistas de pro. El mismo noble manifestó en 1892 durante un acto ante sus correligionarios: *“Hermano que de vosotros soy en primer término, porque todos nosotros sí que constituimos la noble, heroica y cariñosísima familia tradicionalista, en la que nací, en la que vivo y en la que moriré para mi gloria, mi consuelo, mi esperanza y mi salvación”*².

Y se dice familia al referirse al carlismo, porque ellos se autoproclamaban como una “gran familia”³. De hecho, don Carlos, Carlos VII para los carlistas, deseaba que todos sus seguidores le consideraran como un “padre” y a su esposa como una “madre”, y que ellos, en consecuencia, eran como sus “hijos”. De hecho, a la mayoría de los carlistas les gustaba más definirse como familia que como partido, ya que esta última palabra para ellos estaba asociada a los liberales y estos habían sido los causantes de la ruina y la deshonra que España estaba sufriendo⁴.

Además de estas raíces declaradas, el marqués de Cerralbo en la década de los sesenta, años en los que era estudiante en la Universidad Central, ya mostraba sus principios tradicionalistas junto con sus compañeros de estudios: Francisco Martín Melgar, quien más adelante será el secretario de don Carlos; y de Juan Catalina, otro afamado tradicionalista⁵.

² El borrador de este discurso se encuentra en el Archivo del Museo Cerralbo. También está publicado íntegramente en *El Correo Español* (5-XI-1892).

³ Canal, Jordi, *El carlismo. Dos siglos de contrarrevolución en España*, Madrid, Alianza Editorial, 2004.

⁴ *El Correo Español* (5-III-1897).

⁵ En el Archivo Histórico Nacional, Sección Universidades, se pueden encontrar los expedientes académicos de estos tres personajes.

En el escenario universitario, además de confirmar sus ideales tradicionalistas, también acrecentó sus manifestaciones a favor de la religión, fundando en compañía de estos dos compañeros revistas y sociedades católicas. Por tanto, el noble madrileño ya se mostraba como un luchador nato que dedicaría su vida a defender sus principios religiosos, su amor a la patria y su engrandecimiento, así como a *su Rey*, en definitiva, a engrandecer el trilema de su bandera: Dios, Patria, Rey.

En el año 1871 se celebraron en España elecciones generales y el noble madrileño representando a los tradicionalistas, se presentó por la circunscripción de Ciudad Rodrigo, donde fue derrotado a pesar de que en la propaganda que repartió entre sus posibles votantes les prometía, entre otras cosas, luchar por los pobres, la defensa de los bienes de propios y aprovechamiento común, para que reinara la paz y la abundancia en nombre de la patria.

Sin embargo, este fracaso no lo amilanó y se presentó en las elecciones de abril de 1872. En este caso, con el título de conde de Villalobos (no llegaría a ser marqués de Cerralbo hasta la muerte de su abuelo en 1875) lo hizo con éxito por el distrito de Ledesma, aunque ni siquiera llegó a sentarse en su escaño, porque a mediados de abril de ese mismo año, don Carlos daba la orden de retirada del Congreso de la minoría carlista. A los pocos días se iniciaba la que sería la última guerra carlista y que terminaría en febrero de 1876. En esta contienda, en apariencia, no participó el noble madrileño por estar padeciendo una “grave enfermedad”⁶. Este hecho no ha podido comprobarse.

Si bien esa guerra propició exilios obligatorios, así como destierros y embargos de bienes de muchos simpatizantes de la *Causa*, cuando finalizó ésta el noble madrileño se encontraba exiliado en Biarritz, desde donde fue llamado por el secretario de don Carlos a París para presentarle a *su Rey*. El futuro marqués de Cerralbo trasladó su residencia a la capital francesa durante un corto espacio de tiempo, hasta su regreso a Madrid. Aunque se ha tratado de localizar datos oficiales acerca de este exilio del marqués de Cerralbo, no se han hallado documentos que acrediten que estuviera desterrado ni el

⁶ *Vade mecum jaimista*, volumen XII de diciembre de 1912, donde le dedicaban al marqués de Cerralbo un amplio capítulo y donde se narraba la historia del marquesado de Cerralbo desde sus inicios.

tiempo que estuvo en estas circunstancias en Francia⁷. A este país, por cierto, el noble acudía año tras año por amplios espacios de tiempo.

Después de que el futuro marqués de Cerralbo conociera personalmente a *su Rey*, se iniciaría entre los dos personajes una entrañable amistad. De hecho, don Carlos se prodigó en regalos, condecoraciones y nombramientos hacia el noble castellano, llegándole a considerar como de su familia, dirigiéndose a él como: “mi primo Cerralbo”⁸.

En 1879, don Carlos nombró como su delegado al antiguo político Cándido Nocedal, que junto con su hijo Ramón, su máximo colaborador, se encargó, desde este nombramiento hasta su fallecimiento en 1885, de conducir al partido carlista por sendas integristas.

Por su parte, el marqués de Cerralbo, que ansiaba su nombramiento como delegado, no estaba de acuerdo con la forma de dirigir el carlismo por parte de los Nocedal. Así se lo hacía saber a su amigo el marqués de Valde-Espina, llegando los dos a coincidir en que lo que necesitaba el carlismo en aquellos momentos era ser un partido moderno desde el punto de vista de la participación política, dinámico, organizado, abierto, atractivo, con intransigencia en los principios y transigencia en las formas. Es decir, que no querían cambiar los principios sino la conducta, que el partido practicase la moderación, la suavidad en los modos frente a la intransigencia integrista, para lo que era necesario sumar, unir y atraer, no restar, dividir y repeler como hacían los seguidores de los Nocedal. Añadiendo que el carlismo tendría que participar activamente en la vida pública a todos los niveles, así como propagar por todos los medios a su alcance el “ideario carlista”. Concluyendo con que de esta forma y con una adecuada organización, el partido estaría preparado para cualquier eventualidad política, dentro del sistema legal que los gobiernos liberales imponían, y que aunque ellos no lo aceptaban, lo acatarían como un mal menor.

Al principio de la década de los ochenta, el marqués de Cerralbo, apoyado por varios notables del carlismo que tenían una opinión poco favorable hacia los Nocedal,

⁷ En los fondos documentales del Archivo del Ministerio del Interior, la búsqueda de datos acerca de este exilio ha resultado negativa.

⁸ Como ejemplo se podría ver la carta de don Carlos al marqués de Cerralbo fechada en Venecia el 15 de julio de 1895, en Archivo del Museo Cerralbo, (AMC), Manuscrito (MS). Expediente E. 6490, Caja (C). III, legajo nº. 20, Referencia (R). 96.

puso toda su perseverancia, con la aprobación del propio don Carlos y de su secretario, en apartar de la delegación carlista al viejo político. Pero esto no fue posible por el soporte que este tenía por parte de la jerarquía eclesiástica e incluso desde el Vaticano. Este fracaso al intentar cambiar la forma de dirigir el carlismo hizo que el noble madrileño se retirara temporalmente de la vida política.

Ante la falta de protagonismo dentro de la política española, los carlistas precisaban afianzar sus sentimientos tradicionalistas haciéndose notar cómo fuera. De esta manera, buscaron la forma de volver a poner en escena a alguno de sus héroes con el fin de poder presumir de su doctrina, después del tiempo que llevaban callando. Pronto encontraron al “invicto general Zumalacárregui” como prototipo de tradicionalista que se podría utilizar para elevar la decaída moral de los seguidores de don Carlos, por lo que pensaron en erigirle una estatua, por aportación popular, en su villa natal. Ante este proyecto, se produjo uno de los primeros nombramientos que Carlos VII le concedió al marqués de Cerralbo y fue como presidente de la junta constituida en 1883 para construir este monumento en Cegama. La inauguración del mausoleo se produjo en diciembre de 1886 y el noble madrileño, de acuerdo con las órdenes de don Carlos, transmitidas por el conde de Melgar, representó al *Rey* en la celebración.

Por otro lado, el marqués de Cerralbo, por sus títulos de grandeza de España y tan pronto como le fue posible por su edad, solicitó su ingreso en la Cámara Alta como senador por derecho propio, con el fin de representar a su partido en la institución, así como para poder utilizar, cuando fuera preciso, la tribuna del Senado para mostrar ese nuevo carlismo que él propagaba y que estaba lejos del integrismo que estaba imponiendo Cándido Nocedal junto con su hijo Ramón.

Fue precisamente en julio de 1885 cuando definitivamente el marqués de Cerralbo tomó posesión de su escaño. Este ingreso en el Senado le supuso al marqués un nuevo enfrentamiento con Nocedal, aunque a los pocos días fallecería éste, dejando vacante la delegación del carlismo. Ante la ausencia de delegado, muchos carlistas pensaron que el cargo sería asignado al noble madrileño. Hecho que no sucedió porque el propio *Rey* quiso ser el único director de su familia, pensando inicialmente que él podría dirigir a sus seguidores desde Venecia.

Con la casi inexistente dirección política que don Carlos ejercía desde su palacio del Loredán, el carlismo en España se presentaba bastante dividido. Así se podía leer día a día la lucha cainita existente entre la prensa tradicionalista. *El Siglo Futuro* y *La Fé*, principales periódicos portavoces de cada una de las dos partes en la que empezaban a dividirse los católicos carlistas, iban aumentando sus encarnizadas agresiones, llegando a julio de 1888 con una situación tan grave que don Carlos se vio en la necesidad de apartar del partido a un gran número de directores de los periódicos más integristas, en especial a Ramón Nocedal, jefe de *El Siglo Futuro*. Los integristas a su vez protestaron por su separación, lo que propició una gran escisión, quedando los tradicionalistas divididos en dos grupos: los leales a don Carlos y al marqués de Cerralbo, y los que lo eran de Ramón Nocedal. Ante estas luchas internas, el noble madrileño se presentó en todo momento ajeno, aunque cierto es que trató de imponer su criterio pacífico sin éxito. Finalmente, mantuvo la lealtad a *su Rey*, defendiendo la religión católica y tratando de buscar lo mejor para España según su criterio (de nuevo Dios, Patria, Rey).

Al producirse la deserción de estos directores de los principales periódicos católicos, el marqués de Cerralbo, como ya venía pensando desde que empezó a agudizarse la lucha entre esta parte de la prensa, aceleró todos los procesos para la creación de un nuevo diario en Madrid, de acuerdo con las instrucciones reales. Este periódico cuyo número uno vio la luz en septiembre de 1888, se llamó *El Correo Español* y pasó a ser, según Melgar, “nuestro Boletín Oficial, la Gaceta carlista, a él deben comunicarse todos los documentos antes que a ningún otro, o a lo menos al mismo tiempo”⁹.

En este nuevo diario en el que el marqués de Cerralbo intervino de todas las maneras, desde aportaciones literarias, dirección administrativa, así como en la introducción de nuevos redactores (Juan Vázquez de Mella fue traído por el noble madrileño desde Galicia para *El Correo Español*) y en especial con importantes contribuciones económicas, será durante toda su existencia (dejó de publicarse en 1922, precisamente el año en el que falleció también el marqués de Cerralbo) una fuente constante de problemas para los pretendientes carlistas.

⁹ Cartas de Melgar a Cerralbo del 10 de diciembre de 1889 y 14 de junio de 1890, recogidas por Jordi Canal, *El carlisme català dins l'Espanya de la Restauració. Un assaig de modernització política (1888-1900)*, Vic, Eumo Editorial, 1998, p. 136.

Con el transcurrir del tiempo, el marqués de Cerralbo seguía ejerciendo como si fuera el representante de *su Rey* en muchas de las celebraciones que los carlistas hacían en España, a pesar de no tener concedida la delegación de forma oficial. Como ejemplo se puede citar que en 1889 se conmemoró el XIII Centenario de la Unidad Católica por la conversión de Recaredo en el año 589, para la que el pretendiente carlista nombró al noble como presidente de la Junta Central constituida para esta celebración. Para darle más realce al evento, el marqués había proyectado la construcción, también por suscripción popular, de una pirámide en Toledo. Finalmente no se elevó este monumento por problemas de protagonismo y económicos con la Iglesia y con el cardenal de la ciudad imperial monseñor Payá y Rico, anticarlista declarado¹⁰.

Pero algo había quedado patente, y era que el marqués de Cerralbo, junto a una parte de los carlistas, estaban dispuestos a enseñar al resto de la sociedad española que eran más católicos que los “enemigos integristas”. Asimismo, estaban dispuestos a dar sus aportaciones para efectuar esta demostración, construyendo un monumento, que según las medidas, sería “de una altura que sobrepase las cúpulas de todas nuestras catedrales y de muchas de sus torres”¹¹.

2.- Inicio de los viajes de propaganda y concesión de la delegación de don Carlos

En el mismo año de 1889 fue cuando el noble madrileño comenzó con sus viajes de propaganda que tanta fama le proporcionaron. Empezó en las Provincias Vascongadas, y al año siguiente continuó por Cataluña, siendo recibido en todos los lugares, casi de forma habitual, de manera afectuosa y multitudinaria, aunque cierto es que también hubo momentos en que sus adversarios, en especial los republicanos, mostraron su disconformidad a estas manifestaciones carlistas, con las que no solo estaban en contra por considerarlas una copia de lo que su líder Pi y Margall estaba haciendo, sino porque

¹⁰ Este evento fue recogido profusamente por toda la prensa en este año de 1889. Por otro lado, este cardenal manifestó de forma pública su animadversión hacia el carlismo y puso condiciones para la construcción de esta pirámide que los carlistas no pudieron cumplir. Se pueden ampliar datos en el AMC, así como en diversos autores como Melchor Ferrer o Jordi Canal.

¹¹ Canal, Jordi, “Recaredo contra la revolución: El carlismo y la conmemoración del “XIII centenario de la Unidad Católica (1889)”, en Carolyn P. Boyd (ed.) *Religión y Política en la España Contemporánea*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, pp. 249-269.

en algunos lugares todavía recordaban con rabia cómo ellos, los carlistas, habían ocasionado verdaderas atrocidades durante la última guerra¹².

Fue precisamente en su excursión por tierras catalanas, en abril de 1890, cuando don Carlos le escribió al marqués de Cerralbo haciendo oficial su delegación, hecho que prácticamente no cambió en nada la actuación del noble, que continuó sirviendo a *su Rey* y enarbolando la bandera tradicionalista por todos los lugares que recorría¹³.

En el año 1891, el marqués de Cerralbo en compañía del político y periodista Vázquez de Mella hizo otro de sus viajes, en esta ocasión iniciado en las Provincias Vascongadas y terminado en tierras navarras, en donde, de nuevo tuvo acogidas favorables, aunque también sufrió las protestas de los oponentes al carlismo. Muestra de esta inquina mostrada por sus adversarios se pudo ver, en especial, en Pamplona y Estella.

En 1892, con el fin de confirmar el juramento que Carlos VII había hecho ante el árbol de Guernica durante la última guerra carlista, el noble madrileño se trasladó a esta localidad vizcaína en donde de nuevo se dio otro baño de multitudes, a pesar de que el Gobierno y la prensa liberal criticaron los actos de celebración por considerarlos que menoscababan la paz nacional.

El XVII marqués de Cerralbo en estos viajes de propaganda, además de querer organizar el partido, quería acercarse a sus correligionarios, en especial a las masas carlistas a las que quería incorporar a las actividades políticas. También para estar con esos componentes que por su analfabetismo no eran capaces de leer las nuevas consignas que la prensa tradicionalista les marcaba día a día y así él se las podría

¹² De estos viajes en las Provincias Vascongadas y los posteriores de Cataluña y Valencia, así como de otros datos relacionados con el carlismo, se pueden ampliar datos, entre otros autores, en: Canal, Jordi, "Republicanos y carlistas contra el Estado. Violencia política en la España finisecular", en *Ayer*, 13 (1994), pp. 47-58; "La revitalización política del carlismo a fines siglo XIX: Los viajes de propaganda del Marqués de Cerralbo", en *Studia Zamorensia*, III (1996), pp. 243-272; *El carlisme català... op.cit.*; *El carlismo... op.cit.*; *Banderas blancas, boinas rojas. Una historia política del carlismo, 1876-1939*, Madrid, Marcial Pons, 2006. También en Ferrer, Melchor, *Historia del tradicionalismo español*, Tomo XXVIII, volúmenes I y II, Sevilla, Editorial Católica España, 1959; Real Cuesta, Javier, *El carlismo vasco, 1876-1900*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1985; o Alférez, Gabriel, *Historia del carlismo*, Madrid, Actas, 1995. Asimismo, aparecían en la prensa de la época, en especial en *El Correo Español*.

¹³ Carta de don Carlos fechada el 2 de abril de 1890 (AMC, MS. E. 6490, C. III, legajo nº. 2, R. 78). Josep Carles Clemente, *Bases documentales del carlismo y de las guerras de los siglos XIX y XX*, tomo I y II, Servicio Histórico Militar, Madrid, 1985, recoge este nombramiento. También en Francisco Melgar, *Veinte años con don Carlos. Memorias de su secretario el Conde de Melgar*, y *El noble final de la escisión dinástica*, Madrid, Espasa Calpe, 1940.

enseñar con sus largos discursos¹⁴, siempre cercanos y llenos de relatos históricos relacionados con cada uno de los lugares a los que viajaba.

Asimismo, en estas visitas solía ser agasajado con banquetes en los que al final, los discursos y los brindis, constituían la parte más importante, al dejarse patente sus ideales religiosos, patrióticos y monárquicos. En todas estas manifestaciones, de forma unánime, recordaban “al augusto ausente en el exilio”, al que no podían ver ni oír. El noble castellano trataba de suplir esta ausencia con su presencia en los círculos tradicionalistas que iba visitando.

El marqués de Cerralbo, con este nuevo carlismo que quería implementar, estaba dispuesto a demostrar a la sociedad española que Carlos VII no era solo el rey de los carlistas, sino que lo era de todos los españoles, que el carlismo no era una amenaza, sino que era una solución y que las armas estaban olvidadas para ser suplidas por los votos que sus correligionarios depositarían en las urnas para llevar a su partido al Congreso. Con estos pensamientos el noble madrileño empezó a dar instrucciones para el abandono del retraimiento de su partido.

Así, y junto con las instrucciones que desde Venecia le llegaban de forma casi diaria, preparaba a los candidatos carlistas que podrían ser elegidos en las elecciones de 1891, las primeras en las que el carlismo se presentaba dirigido por el marqués de Cerralbo, aunque él no fuera candidato. Este iba a ser el momento de mostrar a la sociedad en general y a los carlistas en particular, cómo eran en realidad sus fuerzas y también para comprobar si realmente seguían viviendo de un mito.

El resultado de estas elecciones fue peor de lo esperado, ya que de los treinta y tres candidatos presentados por los tradicionalistas, éstos tan solo consiguieron cinco diputados electos, que representaban un poco más del uno por ciento. Este desengaño propició que el noble madrileño de forma velada hablara de su abandono; sin embargo, fue persuadido por el propio Carlos VII, por su secretario el conde de Melgar y otros notables carlistas, para que no pensara en renunciar en aquel momento. El fracaso electoral no había sido por su culpa, sino por la falta de experiencia de los carlistas, además de por el apoyo que ciertos sectores del clero habían dado a los integristas en

¹⁴ Gabriel, Narciso de, “Alfabetización, semialfabetización y analfabetismo en España (1860-1991)”, en *Revista Complutense de Educación*, vol. 8, núm. 1 (1997), pp. 199-232; y Álvarez Junco, José, *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus Historia, 2001.

lugar de dárselo a los leales a don Carlos. En los siguientes comicios de 1893, las cosas no mejoraron, siendo veintinueve los candidatos carlistas presentados por el marqués de Cerralbo y nada más fueron siete los elegidos. Destacar que en estas dos consultas electorales, así como en las siguientes en las que el partido carlista participó bajo la presidencia de este noble, no presentó candidatos por ninguna de las ciudades españolas más importantes para el carlismo, como eran Madrid, Barcelona, Bilbao o San Sebastián, a pesar de que en estas sí existían muchos seguidores y sus círculos tradicionalistas los componían notables de esas zonas.

Inasequible al desaliento, el marqués de Cerralbo, sintiéndose plenamente apoyado, pensó en la manera de demostrar a *su Rey* toda la labor que había hecho en España, a pesar de no haber logrado el éxito en los comicios. Así empezó a crear el llamado Libro de Honor en el que figurarían todos los círculos tradicionalistas, así como las juntas y periódicos que apoyaban a la *Causa*, con detalle de las principales personas que componían cada una de estos. Don Carlos aplaudió este ofrecimiento, en el que figuraban representadas ni más ni menos que treinta y siete provincias.

Otra forma que tuvo este noble de propagar sus sentimientos de engrandecimiento de la nación los manifestó en su discurso en el Ateneo madrileño con ocasión de la celebración del Centenario del Descubrimiento de América. Su disertación fue acerca del Virreinato de Méjico. Habló de la grandeza de España, de la unión de todos los pueblos de habla hispana y de la cruz que seguía presidiendo a todas las naciones hermanas, así como de las inmejorables leyes que los monarcas españoles habían llevado a las Indias. Don Carlos desde Venecia le felicitó por su discurso que engrandecía su trilema de “Dios, Patria, Rey”.

Con el ánimo de mostrar su tradicionalismo, los carlistas tenían su propio calendario para conmemorar las onomásticas de la familia real. Para aumentar estas celebraciones, según la idea de don Carlos, aplaudida por el marqués de Cerralbo, en marzo de 1895 este noble empezó a organizar en toda España la llamada Fiesta de los Mártires de la Tradición, como una forma más de recordar a sus héroes fallecidos en las últimas contiendas. Esta celebración ha perdurado hasta nuestros días.

Pero los mencionados fracasos electorales no solo llenaron inicialmente de pesadumbre al marqués de Cerralbo, sino que hicieron que esas masas a las que él había

inculcado sus nuevas ideas de partido, empezaran a dudar de la efectividad de esta legalidad que su dirigente les exigía, llegando a crecer en su interior ideas de volver a hacer otro cambio, ahora desde las urnas a las armas. De esta manera empezaron a surgir en la zona norte de España, en Cataluña y en el Maestrazgo, rumores de sublevación.

Ante la importancia que iban tomando las noticias relacionadas con los acontecimientos revolucionarios en España, don Carlos citó en su palacio del Loredán a los principales dirigentes del carlismo presididos por el marqués de Cerralbo para confeccionar una especie de programa del partido. Programa que al hacerlo público, sus seguidores podrían ver que la solución, inicialmente, no estaba en seguir propagando la intranquilidad por medio de partidas sublevadas. En esta residencia veneciana se creó la llamada “Acta de Loredán” que, escrita por Vázquez de Mella y presentada en enero de 1897 por el marqués de Cerralbo, se hizo pública a nivel nacional y en ella volvían a quedar expuestas, para conocimiento de toda la sociedad, las razones de la existencia de un carlismo que mostraba sus propuestas necesarias para la España de aquel momento finisecular.

3.- Del nuevo carlismo a la dimisión del marqués de Cerralbo en 1899.

No obstante, no fue suficiente la publicación del Acta de Loredán para que desaparecieran las partidas, todo lo contrario, a partir del *Desastre del 98* éstas se acrecentaron. Sin embargo, a pesar de estos levantamientos, los carlistas se siguieron presentando a las elecciones. En las del año 1898 lograron cinco diputados, que a los pocos meses, siguiendo las instrucciones del noble madrileño que él había recibido desde Venecia, declararían su retrainimiento retirándose de las Cortes como protesta por el tratado que se iba a firmar y que supondría las pérdidas para España en América y Filipinas.

Por estos movimientos bélicos que se escapaban de su control, pero de forma muy especial por el cansancio que le iba haciendo mella en su delicada salud, en diciembre de 1899 el marqués de Cerralbo presentó la dimisión irrevocable a *su Rey*. Su comunicación la hizo desde Francia, donde residía desde hacía varios meses haciendo su labor de conseguir fondos para la *Causa*, con el fin de organizar un levantamiento a

nivel general en España. Carlos VII aceptó la renuncia de su delegado y al día siguiente nombró como sucesor del noble madrileño al palentino Matías Barrio y Mier¹⁵.

El cambio en España de la dirección del partido tampoco supuso ninguna modificación en el surgimiento de nuevas partidas carlistas que seguían poniendo en alerta al Gobierno ante una sublevación carlista más amplia. El momento más importante de estos pequeños alzamientos se produjo en octubre de 1900, y fue conocido como *la octubrada*.

Este levantamiento que fracasó porque no era la ocasión propicia¹⁶, fue catalogado por algunos como una operación bolsística dirigida desde Francia con el fin de que la deuda española bajara su cotización. Se inició en Badalona el 28 de octubre y continuó en distintas poblaciones catalanas, también por partidas de escasa importancia. A pesar de la rápida erradicación de la intentona, esta supuso un duro castigo para el carlismo que sufrió la represión gubernamental con registros domiciliarios, (al marqués de Cerralbo en dos ocasiones), cierre de círculos y de periódicos. Además, se puede apuntar que este sonado fracaso fue el último intento de insurrección carlista.

Este intento de sublevación fue duramente criticado por todos los notables tradicionalistas que declararon que el rey Carlos VII no había participado en esta intentona. El marqués de Cerralbo, que continuaba residiendo en Francia, también estuvo en contra de este precipitado alzamiento, manifestando que se debía haber esperado instrucciones concretas para haberlo hecho bien.

Don Carlos, además de confirmar que nada había tenido que ver con este movimiento, manifestaba abiertamente que él y los suyos lo que deseaban era preparar un levantamiento más general, algo bien hecho, que con los apoyos necesarios le llevaría a ocupar el trono español que le correspondía por derecho dinástico. En esta preparación estaban involucrados además de Carlos VII y su secretario, el marqués de Cerralbo y otros notables carlistas de renombre, que en aquellos años finales del siglo

¹⁵ La copia de la carta de dimisión del marqués se encuentra en AMC, MS. E. 6490, C. XXII, legajo nº. 10, R. 1662 y AMC, Inventario caja núm. 11, legajo “Correspondencia 1896-1899” *El Correo Español* (11-XII-1899) publicaba tanto la carta de don Carlos admitiendo la dimisión del marqués de Cerralbo como el nombramiento de Barrio y Mier.

¹⁶ Canal Morell, Jordi y González Calleja, Eduardo, “*No era la ocasión propicia... La conspiración carlista de fin de siglo en un memorial a don Carlos*”, en *Hispania*, núm. 52:181 (1992: mayo/agosto).

XIX no tenían ningún pudor en hablar de este proyecto de sublevación. A partir de la dimisión del marqués de Cerralbo empezaron a utilizar complejas claves.

Una vez que el noble madrileño había dimitido como delegado del carlismo en España, se alejó de la vida política. En enero de 1900 regresó a España a resolver distintos problemas, donde permaneció hasta el verano, después partió hacia Vichy a tomar las aguas. Desde esta ciudad francesa regresó a Madrid en enero de 1901. Por tanto, en apariencia, el marqués de Cerralbo en ningún momento estuvo exiliado en Portugal en los años 1900-1901¹⁷.

Debido a su sempiterno afecto hacia todo lo tradicionalista, el marqués de Cerralbo nunca dejó de pertenecer al Círculo Tradicionalista madrileño. Por sus instalaciones seguía apareciendo con la asiduidad que el tiempo libre que le dejaban sus excavaciones y sus viajes por Europa para propagar sus hallazgos arqueológicos. En sus presencias en el Círculo no desaprovechaba ninguna ocasión para dedicar a sus amigos esos discursos que él tanto preparaba y gozaba en pronunciar.

En 1909 falleció don Carlos. Aunque el marqués de Cerralbo no asistió a los funerales que se oficiaron en Italia, sí acudió a presidir los que se celebraron en Madrid, junto con Barrio y Mier, el delegado carlista. A la salida de los funerales se repartió una copia del testamento político del monarca fallecido. La herencia dinástica de don Carlos recayó en su hijo primogénito Jaime, Jaime III para los carlistas. Este número ordinal se añadió de acuerdo con la reconocida opinión que el marqués de Cerralbo le había dado al secretario de este nuevo pretendiente, con el que el noble madrileño ya llevaba varios años teniendo un amplio contacto, por carta y personal, aunque, como aseguró el conde de Melgar, sin que en ningún momento hubiera pensado tramar ningún complot para que don Jaime forzara a su padre a renunciar al trono y abdicar en él.

¹⁷ Hay varios autores, como Pilar de Navascués, Gabriel Alférez, Consuelo Sanz, Román Oyarzun, Jordi Canal y Eduardo González, Carmen Jiménez Sanz o Miguel Sánchez Herrero, que aseguran que el marqués de Cerralbo, después de su dimisión estuvo exiliado en Portugal “varios años” a partir de 1899/1900 con motivo de estos levantamientos en España.

4.- La llegada de don Jaime y la nueva representación del marqués de Cerralbo.

A partir de la llegada de don Jaime a la cúspide del carlismo, este cambió su nombre por el de “jaimismo”. En 1909 la representación tradicionalista la ostentaba Bartolomé Feliú, sustituto del fallecido Barrio y Mier, a quien don Jaime, tras la muerte de su padre le había manifestado su total confianza, a pesar de que no convencía a los notables carlistas en España. Por lo que las intrigas de Vázquez de Mella, así como las posibles preferencias de don Jaime, hicieron que en noviembre de 1912 Feliú presentara su dimisión y el *Rey* nombrara al marqués de Cerralbo como su representante, pero esta vez, no como delegado sino como presidente de la Junta Superior Central Tradicionalista.

En este nuevo mandato el noble madrileño hizo pocos viajes de propaganda. Como el de mayor duración se puede citar uno hacia Andalucía que se originó por la muerte en Sevilla de la hermana religiosa del noble. De todas formas, el marqués de Cerralbo no abandonó en ningún momento el contacto con sus correligionarios, celebrando con frecuencia reuniones en su palacio donde se acercaban jaimistas de toda clase social y edad, siempre con la idea de seguir inculcando en todos los que le oían su idea de un jaimismo más próximo.

Otro viaje que hizo el marqués de Cerralbo y que tuvo gran resonancia en los periódicos, fue el llamado “Peregrinación de la Lealtad” con destino a Lourdes. Esta peregrinación se inició en esta ciudad francesa en abril de 1913, y fue para efectuar el traslado de los restos del general carlista Tristany hasta su panteón familiar de Ardèvol (Lérida), siendo presidida por el marqués de Cerralbo, pero contando con la presencia de Jaime III.

En el año 1914 en Europa, así como en España, había una preocupación mucho más importante que las que derivaban de las luchas internas de los tradicionalistas, ya que en julio había dado comienzo la Gran Guerra que no concluiría hasta 1918. Esta contienda influyó mucho en un jaimismo, que se presentaba dividido en dos grupos según sus preferencias hacia los dos bandos contendientes.

En uno de estos grupos estaban los que se declaraban neutrales, aunque apoyaban a los imperios centrales, ya que pensaban que el triunfo de Alemania supondría la restauración de *su Rey* en el trono de España, además de que con este apoyo

reivindicaban Gibraltar y Tánger, así como un deseo de una federación con Portugal. De esta forma, también dejaban clara su animadversión hacia Francia e Inglaterra, dos naciones que estaban interesadas en la división de España, de la que eran enemigas. En este grupo se encontraba el marqués de Cerralbo y Mella, que con sus artículos en *El Correo Español* inducían a sus lectores a seguir esta tendencia. En el otro grupo estaban los aliadófilos, como era el conde de Melgar, que a pesar de que criticaban a Inglaterra, estaban totalmente a favor de Francia.

Don Jaime, según las cartas que, en teoría, dirigió tanto al marqués de Cerralbo como a Mella y que la prensa publicó, en un principio estaba a favor de la neutralidad y de los imperios centrales. Cuando terminó la contienda y se encontró con Melgar en París, parecía estar más a favor de los franceses. No obstante, don Jaime nunca fue sincero ni claro a propósito de esta guerra, ya que parecía esperar al final de la misma para ponerse al lado del bando vencedor¹⁸.

Se debe añadir que en España, mientras Europa se debatía en esta Primera Guerra Mundial, empezaban a aflorar los regionalismos periféricos, con los que el marqués de Cerralbo no estaba muy de acuerdo. Así se lo hizo saber al jefe regional catalán, advirtiéndole de que no hiciera alianzas con los regionalistas, que a veces actuaban con un dudoso españolismo, y añadiendo que el jaimismo, según había defendido en el campo de batalla, era “un partido genuinamente regionalista sano, es decir, español”¹⁹. En otro momento, el noble madrileño afirmaba que apoyaba las libertades regionalistas, pero siempre afirmando la patria española, que era “una e indisoluble”²⁰.

El marqués de Cerralbo conforme se iban desarrollando los acontecimientos, en abril de 1918 y de forma paulatina fue dejando la presidencia de la Junta Superior Central, alegando motivos de salud y cansancio. Este cargo recayó inicialmente y de forma interina en el general carlista Romualdo Cesáreo Sanz Escartín. Con el paso de los meses, la presidencia fue definitiva para este militar.

¹⁸ Vázquez de Mella, Juan, *Una Antología Política* (estudio preliminar y selección de textos por Julio Aróstegui), Oviedo, Junta General del Principado de Asturias, 1999, página LXXXI.

¹⁹ Carta del marqués de Cerralbo a Junyent de septiembre de 1916, en AMC, MS. E. 6490, C. XXII, legajo nº. 3, R. 1449.

²⁰ Declaraciones recogidas por *La Época* y *La Acción* (7-VIII-1917).

Cuando a finales de 1918 don Jaime se vio en París en compañía de su consejero el conde de Melgar, comprobó los desperfectos que había sufrido su partido en España, por lo que publicó dos manifiestos que fueron muy mal acogidos por sus seguidores, en especial por Vázquez de Mella, que también le contestó públicamente. Este enfrentamiento mostraba el inicio de la escisión mellista que en 1919 se consumaría y que no terminaría hasta 1931.

5.- El abandono definitivo de la política del marqués de Cerralbo y su muerte en 1922.

Ante estas nuevas intrigas internas en el partido, el marqués de Cerralbo, que ya no ostentaba ningún puesto de relevancia, decidió no apoyar a ninguno de los dos bandos surgidos después de la escisión y determinó apartarse de forma definitiva de la política para dedicarse a descansar y en lo que pudiera a atender sus excavaciones.

Sin embargo, no se ha visto que en ningún momento le expusiera a don Jaime los motivos de la renuncia del cargo que este le había encomendado, pero tampoco que el Pretendiente le pidiera ninguna justificación. Por otro lado, don Jaime había criticado de forma encubierta a “los anteriores dirigentes del partido”, pero no lo hizo de forma directa hacia el noble madrileño. Fueron más furibundos los ataques que el marqués de Cerralbo recibió desde el conde de Melgar, pero allí estaba Mella para ejercer como su defensor.

Una vez apartado de la vida política, el noble madrileño pudo comprobar cómo en poco tiempo iba cambiando los representantes de don Jaime, en febrero 1919, Pascual Comín sustituyó al general Sanz. A Comín le sucedió en agosto del mismo año Luis Hernando Larramendi y en 1921 el marqués de Villores tomaría el puesto de Larramendi.

La vida del marqués de Cerralbo se iba apagando. Cuando el mes de agosto finalizaba, este noble pidió el Santo Viático y recibió la comunión en el oratorio de su palacio. Seguido se despidió de sus familiares y servidores. Era el día 27 de agosto de 1922 cuando don Enrique de Aguilera y Gamboa, XVII marqués de Cerralbo, dejó de existir. La conducción del cadáver hasta la Sacramental de San Isidro fue seguida por gran parte de la sociedad madrileña, empezando por el alcalde de Madrid y el

gobernador civil de la provincia, además de nobles, representantes de distintas parroquias, académicos de varias corporaciones, políticos de todos los partidos, senadores, diputados, escritores, artistas, militares y representantes del pueblo; los oficios presididos por el obispo de Madrid-Alcalá y el arzobispo de Valencia.

Tras la muerte del marqués de Cerralbo, de acuerdo con su testamento fechado el 5 de julio de 1922, el palacio de Ventura Rodríguez y su contenido pasaron a la nación española, estableciéndose en el mismo la Fundación Museo Cerralbo. También se confirmaba la donación de todos sus hallazgos arqueológicos al Museo Arqueológico Nacional y al Museo Nacional de Ciencias Naturales. Por último, también se establecía un premio de diez mil duros para fundar un premio que llevara su nombre en cada una de las tres Reales Academias a las que tenía el orgullo de pertenecer²¹.

Al haber fallecido don Enrique de Aguilera y Gamboa sin descendencia, el título recayó en su sobrino Manuel de Aguilera y Pérez de Herrasti, marqués de Flores Dávila, pero al morir este el 24 de noviembre de 1925, finalmente sería su hijo, Manuel de Aguilera y Ligués, quien a partir de 1926 pasaría a ser el XVIII marqués de Cerralbo.

Hay que destacar que después de la muerte del que fuera el XVII marqués de Cerralbo, ninguno de sus sucesores en el título han llegado a tener la relevancia en el panorama político español que don Enrique de Aguilera y Gamboa logró en las dos últimas décadas del siglo XIX y las dos primeras del siglo XX.

Conclusión

En estas páginas se ha presentado un trabajo en el que, de forma muy sucinta, se ha mostrado la vida desde el punto de vista político de don Enrique de Aguilera y Gamboa, XVII marqués de Cerralbo, noble madrileño que por sus creencias, tanto religiosas, patrióticas, como monárquicas (Dios, Patria, Rey), dedicó una gran parte de su vida a dar a conocer, tanto a sus seguidores, como al resto de la sociedad española, un nuevo carlismo siempre con la idea inicial de cambiar las armas por las urnas y propagando que Carlos VII era el rey de todos los españoles, no solo de los carlistas.

²¹ Boletín de la Real Academia de la Historia, Tomo LXXXI-cuaderno III, noviembre 1922.

Apuntar que si el carlismo sufrió dos importantes escisiones precisamente durante los años en los que el marqués de Cerralbo pertenecía al partido, ninguna se produjo mientras él era máximo responsable y en ninguna de ellas tuvo nada que ver directamente.

Leyendo esta presentación se puede llegar a pensar que quedan estudios pendientes de realizar, y que sería interesante hacer otros trabajos relacionados con este noble. Estos podrían estar enfocados o bien hacia su holgada situación económica, hacia sus amplias relaciones sociales, hacia sus trabajos arqueológicos y excavaciones e incluso hacerlos sobre sus inspiraciones literarias. Otra tarea que puede quedar pendiente es la de hacer un estudio en profundidad acerca de la biblioteca de más de nueve mil volúmenes, que también donó junto con el contenido de su palacio, y que nos mostraría mejor cómo era y pensaba este aristócrata.